Congregación Mariana Universitaria

Suplementos de la Revista «Más». Serie B. Núm. 1

Dr. D. FRANCISCO ELIAS DE TEJADA Y SPINOLA

CATEDRATICO DE LA UNIVERSIDAD

CONSECUENCIAS DEL PROTESTANTISMO

I

CUADRO GENERAL DE LA CRISIS PROTESTANTE

SALAMANCA NOVIEMBRE 1949

PRELUDIO

D. Jesús Martínez Cajal, Asistente de Formación de la C. M. U., cifró en las líneas siguientes el sentido de estas conferencias y de toda la labor formativa de nuestras Academias.

Congregantes, señoras y señores:

Antes de escuchar al Dr. D. Francisco Elías de Tejada, de cuya conferencia aseguramos el éxito, por la convicción que de su valor tenemos, sirvan estas breves palabras mías a modo de prólogo.

El amor sincero por la verdad, el ansia de buscarla para confirmarnos en ella, el anhelo por seguir el único sendero que a ella nos conduzca, subsanando en lo posible los errores que caminan por veredas de desvío, son incentivos que nos impulsan a la organización de actos, como el de hoy, encaminados, así como los que le sigan, a dar una configuración panorámica del confusionismo de las doctrinas modernas, a través del origen y fuente que les dió sus aguas: la herejía protestante.

La posición tajante del Catolicismo español, destacará airosa y sólida en medio del caos ideológico de lo extranjero circundante.

La firmeza en nuestra Fe y la seguridad en nosotros, nacen de un sentido innato de discriminación, entre lo fiel y lo infiel, lo bueno y lo malo, lo blanco y lo negro. Nuestro mayor valor es esa repugnancia instintiva a las componendas, a las transacciones o a las tácticas. Por eso, señores, si alguna vez se hiciese necesaria alguna acomodación ideológica, no somos nosotros quienes debemos hacerla porque tenemos la Verdad verdadera, en expresión de Ramiro de Maeztu. Es más, creemos sinceramente que mientras el mundo no se acomode a esta visión nuestra de las cosas, la esperanza de sus alvación se hallará siempre lejos, en la medida en que los principios eternos cedan al viento de todas las corrientes.

Nunca como ahora hemos de agradecer, a través de todos los instantes, el divino don de ser y sentirnos españoles, pegados esencialmente a nuestro ser teológico.

Y tanto seremos España e Hispanidad, cuanto seamos Catolicidad.

Este es, pues, el sentido de nuestra posición y de nuestra vida.

Este es el alcance de nuestras Academias de Formación, de nuestras conferencias y de nuestros actos culturales.

Siguiendo la línea trazada, escuchemos, pues, la primera parte de este Ciclo de Orientación sobre «Consecuencias del Protestantismo», que lleva por título «Cuadro general de la crisis protestante», a cargo del catedrático D. Francisco Elías de Tejada, ferviente intelectual católico y gran amigo de esta Congregación.

CUADRO GENERAL DE LA CRISIS PROTESTANTE

SIN CERRILISMOS, PERO CON INTRANSIGENCIA

Queridos congregantes, amigos todos:

Si mis palabras pudieran llegar a defraudaros, no lo será, seguramente, la intención que nos ha animado a todos en la organización de este ciclo; ni mucho menos después de escuchar estas frases incisivas, claras, tajantes y oportunas con que Cajal ha comenzado a diseñar el sentido exacto con el cual yo quiero presentarme ante vosotros.

Nada de componendas, nada de transacciones; la verdad no es más que una, y la verdad, dice el Evangelio, es aquéllo que nos hará libres.

En nombre de esta verdad verdadera, por repetir estas palabras tan oportunas, tan bien recogidas por Cajal, del grande e inmenso Ramiro de Maeztu; en nombre de esta verdad verdadera, es preciso acercarse a los asuntos de hoy, a las cuestiones candentes y palpitantes que hoy azotan la frente de los hombres del siglo XX, para intentar deletrear cuál sea el sentir y la dirección de la humanidad en este instante.

No cabe, en modo alguno, la táctica del avestruz, que esconde la cabeza bajo las alas como si al esconderla pudiera eludir la llegada del cazador. Es preciso ir directamente a los temas hondos y cardinales que a los hombres preocupan, que a los hombres agitan, a aquéllos por que los hombres de hoy son capaces de matar y morir, para decir si estos temas están llenos de nuestro sentido católico de la vida o si en ellos anda enroscado el gusano de alguna necia o de alguna mala interpretación de los dogmas fundamentales del mundo y de la vida católicamente entendidos.

No es posible, cuando hablamos de estos nombres señeros o de estas figuras que hoy llenan una parte de la cultura universal, inten-

tar eludirlas en nuestro diálogo con el mundo y con las cosas; es preciso seguir el ejemplo de aquellos viejos y grandes maestros de nuestra Iglesia Católica, que supieron acercarse a las doctrinas de la orilla de enfrente del río de la cultura, para sacar de ellas los puntos de vista que los trajeron a los nuestros.

Sin cerrilismos, pero con intransigencia. El cerrilismo va contra los hombres, la intransigencia va contra las doctrinas.

Y nosotros que por católicos y por españoles somos rotunda y tajantemente intransigentes, porque la verdad que no es intransigente deja de ser verdad psicológica por ese mero hecho, queremos tener delante de los ojos siempre el ejemplo de Pablo, cuando llegando al Agora ateniense, en una mañana soleada de sol clásico, se acercó al Altar de un dios desconocido y dijo que de aquel dios es precisamente de quien él venía a hablar.

LA ANGUSTIA DEL HOMBRE DE HOY

Entre estos temas fundamentales que hoy nos preocupan, hay uno cardinal, hay uno fundamental que está como clavado en nuestro pensamiento y en la dinámica misma de nuestras preocupaciones diarias: la angustia del hombre presente.

Parece ser, es cierto indudablemente, que la angustia no es un problema nuevo, que la angustia es el sentido de la responsabilidad que pesa sobre nuestros actos, en cuanto seres que hemos de ganar un destino con nuestra conducta personal, es un tema que está enraizado hace mucho tiempo en el corazón de los hombres; pero es que, señores, en nuestro siglo, parece que esta angustia velada e infinita, ha adquirido formas de muy proporcionada concreción; parece que ha venido a apretarnos el corazón con los apremios de una urgencia que demanda soluciones, parece como si todas las angustias milenarias se hubieran concentrado en una angustia de nuestra realidad actual de hombres del siglo XX.

¿Y por qué es este fenómeno? ¿Cuál es la causa de que una filosofía de la historia o de la cultura, como prefirais, no nos da la clave para entender el por qué de esta dimensión desproporcionada, de esta dimensión gigantesca, de esta dimensión ilimitada que tiene

la angustia del hombre de hoy en relación con la angustia de los hombres que le precedieron?

Desde el instante que las cosas exceden a sus límites normales, la salud se torna en enfermedad. Desde el instante que la angustia propia del cristiano ha excedido a los límites lógicamente precisos y a los linderos que la fe puso en ella, es preciso admitir que esta angustia es una angustia enferma, es la angustia de una humanidad en crisis, es la angustia de una humanidad que requiere medicina, la medicina de una solución.

Y lo que yo quisiera en estos días es intentar averiguar en qué consiste la raíz, la causa de esta angustia, y el intentar averiguar también las posibles soluciones con que pudiéramos curarla.

LAS DIMENSIONES DE LA ANGUSTIA

Es una angustia que abarca ciertamente muchas dimensiones. La primera dimensión es la angustia política, aquella amenaza terrible del rulo eslavo, dispuesto a apisonar las campiñas verdes de Europa en una faena que tanto preocupó a algunos diplomáticos y pensadores nuestros y extranjeros del siglo XIX, resultado de dar salida a la urgente necesidad de aquel sentido chato del alma rusa, obsesionada entre la inmensidad de la estepa y la inmensidad del padrecito zar o del padrecito Stalin gobernante, proyectada en un sentido dinámico, que no se resigna a permanecer atado a la estepa, sino que quiere volcarse sobre tierras más fértiles repitiendo una orientación y siguiendo un giro que no es la primera vez que se da en la historia de la cultura universal: el asalto de los pueblos bárbaros de la estepa a las comarcas fértiles de las riberas del Mediterráneo.

Hay también una angustia familiar: la angustia de una humanidad en crisis que se proyecta en la institución fundamental de las sociedades nuestras: la familia. Esa ruptura económica de la dependencia de los hijos respecto a los padres, de la mujer respecto al marido, de unos frente a otros en la solidaridad familiar, trae consigo, como consecuencia de la ruptura de lazos económicos, la ruptura de otros lazos mucho más hondos, de los actos institucionales de la familia.

Hay otra crisis, otra faceta de la crisis si queréis, la faceta eco-

nómica, el tremendo egoísmo desbordante de unos cuantos que quisieron tenerlo todo, y el tremendo apetito de venganza de unos muchos que quieren eliminar violentamente a aquéllos que antes les oprimieran.

Y hay fundamentalmente por fin, debajo de esas distintas angustias parciales, de la angustia política, de la angustia económica, de la angustia familiar, una que es como la clave y el resumen de todas las angustias posibles, algo que está clavado como una espina atenazante en el fondo del corazón, algo que sangra con una dimensión alocada desde las reconditeces más profundas de nuestra alma: la angustia de un hombre que busca sin saber cómo, porque anda a tientas en la inmensidad de su angustia diaria, el nombre y la cara de Dios.

Por eso, porque en esta angustia se resumen todas las angustias sociales y parciales, consecuencia siempre de que las ficciones son cosas humanas y que los fallos colectivos dependen siempre de las crisis individuales, el mundo gira en torno a una fundamental desorientación.

La humanidad estaba descontenta con la situación de la Edad Media, y fué preciso que vinieran los primeros avances del mundo antiguo, el redescubrimiento del renacimiento, el redescubrimiento de la vieja paganía, para que la humanidad creyese que había encontrado en aquellos valores parciales y olvidados, el secreto de la felicidad y el bienestar. No más Vírgenes enlutadas e hieráticas, sino Venus desnudas surgiendo del fondo de las excavaciones antiguas. Pero con aquel apetito de belleza, la humanidad siguió tan triste e infeliz como antes.

Hubo otro momento en que el orden social quedó endurecido, si vale la palabra, petrificado en sus formas antiguas, en que una monarquía hueca y vacía en el fondo, seguía viviendo de fuera, con leyes señoriales y con formas feudales; y vino el viento de la revolución y el huracán arrancó el tronco de la monarquía, sus ramas sirvieron para las cenizas de la hoguera napoleónica, y la humanidad vió quebradas sus esperanzas; y tampoco fué más feliz.

Y vino otro momento, en el siglo XX ya, en el cual se pensó que el Reino de Dios no había de estar más allá de la muerte, sino en la realidad concreta de la tierra; y surgió un profeta de luengas barbas

bíblicas y nombre judío: Carlos Marx; y dijo a los hombres que era preciso y posible realizar un paraíso aquí en la tierra; y se intentó dicha fórmula, y surgió el llamado paraíso bolchevique; y ved cómo tampoco la humanidad no ha encontrado la felicidad en las formas sociales colectivistas.

BUSQUEMOS AL HOMBRE

Pues ¿cuál es entonces la causa de esta desorientación? ¿En qué está la raíz de estos males que nos angustian? ¿Cómo es posible subsistir si una humanidad no puede andar sin asidero, sin mirar hacia el más allá de una estrella del futuro? Es preciso llegar, señores, a un replanteamiento del problema; es preciso ver el origen de todas las angustias en la angustia antropológica; es preciso ver que las angustias sociales vienen de la crisis interna del hombre; es preciso averiguar cuándo nace y cuándo surge esta crisis interna del hombre para poder entender las cosas sociales y colectivas de hoy.

Iba una vez Sócrates por las calles de Atenas, mientras pregonaban sus mercancías los mercaderes, y encontró a un joven que tenía fama de inteligente; sabía cómo se llamaba, acercóse a él y preguntóle: Xenofonte, ¿dónde está la mejor panadería de la ciudad? Y Xenofonte, joven ateniente, le enseñó inmediatamente el sitio. Xenofonte, ¿dónde están los jardines más apacibles de Atenas? Y Xenofonte, que conocía la topografía ateniense, le enseñó los jardines donde poder ir a recostar su cansancio. Xenofonte, ¿dónde esta el mejor mercado de Atenas? Y Xenofonte le fué indicando los distintos lugares que Sócrates inquiría. Y ¿dónde está aquél que puede llamarse hombre en Atenas? Xenofonte no supo qué contestarle. Pues bien, le dijo Sócrates: yo te enseñaré cómo es posible encontrar ese hombre.

¡El hombre!, este es el problema puntal del pensamiento. ¡La esencia del hombre, la dimensión del hombre, las limitaciones del hombre! Todas las instituciones sociales y políticas se resuelven en esta frase fundamental: el entender del hombre; porque como dijo gráfica y maravillosamente San Agustín, incorporando al pensamiento cristiano la más antigua sabiduría griega: «Nolli foras ire; in te ipsum redi; in interiore hominis habitat veritas». No vayas fuera, permane-

ce en tí mismo; queriendo decir que dentro del hombre es donde existe la verdad.

Y he aquí dónde surgen ya en este replanteamiento del problema del hombre las dos dimensiones fundamentales de nuestra esencia, nuestro catolicismo frente al pensamiento protestante.

Porque es preciso hablar claro de una vez; nosotros, señores, no somos parte de occidente; nosotros, gracias a Dios, no somos europeos. Europa es la antítesis de la historia nuestra.

Díjose una vez con intención peyorativa que Africa empezaba en los Pirineos; pero en los Pirineos no empezaba Africa; empezaba la majestad de la historia de Castilla, que es esencialmente la negación de la ruindad materialista de Europa. Porque Europa es la revolución y nosotros somos la contrarrevolución. Porque Europa es la reforma y nosotros somos la contrarreforma. Porque Europa es la convivencia y nosotros somos la intransigencia. Porque Europa es los brazos abiertos al mal y a la mentira y nosotros somos la afirmación tajante, rotunda y decisiva de cuál sea la auténtica verdad.

EL SUPAY EUROPEO

Leía yo hoy, a la hora de comer, una leyenda que narraba un escritor nacido en las tierras de Bolivia. La leyenda del Supay, el diablo de la vieja mitología incaica. Cuéntase, que esa inmensa cordillera donde viven hoy las gentes bolivianas, fué en tiempos remotos una planicie cubierta de árboles, y que esas sierras de peñas peladas, acariciaban pájaros de diversos plumajes, en una naturaleza auténticamente tropical. El Dios Padre vivía en los cielos tranquilos, contento en la contemplación de su propia grandeza; la Diosa Luna solamente de cuando en cuando salía, y como de reojo, a observar cuál iba a los mortales.

Y un día apareció un indio, un indio al igual que los demás, con sus ojos oblícuos, cubierto de mantas, con su paso grávido, con su mirada serena e infinita; y ese indio fabricó una quena, una pequeña flautilla, y con ella empezó a tocar. Y cuando empezó a tocar aquella flautilla, la naturaleza cobraba vida y las cosas giraban con mayor rapidez, y los árboles crecían con mayor violencia, y los ríos corrían y llevaban el agua adelante con mayor vitalidad, y los pájaros

volaban con mayor brío, y la naturaleza entera supervivía y se animaba al conjuro de aquella música del pequeño diablillo, del pequeño Supay.

Pero un día, lleno de alegría en su obra, consciente de sus fuerzas, quiso probarlas; tocó más y tocó más su quena, tocó su flauta infinitas veces, y entonces la naturaleza cobró tanta vida que perdió su ritmo; y al perder su ritmo, las montañas se precipitaron sobre las llanuras, los árboles se hundían en los abismos, los ríos salieron de cauce, la humanidad estuvo a punto de perecer. Hasta que el Padre Dios, desde su altura inmensa, el Dios Sol vió la obra del pequeño Supay; bajó a la tierra y no pudo rehacerla porque la catástrofe había sido inmensa; pero cogió la quena, la pequeña flauta melodiosa y potente, y la quebró contra una roca.

Y desde entonces el pequeño Supay anduvo triste de pueblo en pueblo de los indios, como un alma sin fuego, llevando a cuestas una alforja en la que iban todas las enfermedades, todas las calamidades, la sequía, la muerte, los males todos que al hombre pueden acaecer. Y así siguió varios siglos, hasta que un día unos hombres barbudos vestidos de hierro llegaron a las tierras de Bolivia; y entonces Supay, en vez de hacer daño a aquellos indios, decidió protejerlos contra los hombres blancos que llegaban y se convirtió en defensa de aquello mismo que había destruído.

Pues esa leyenda del pequeño Supay, es exactamente la situación del protestantismo respecto al mundo occidental.

Hay algunas iglesias protestantes que, reunidas en La Haya, acordaron atacar violentamente al comunismo, considerarlo como enemigo de esa civilización, alinearse en las defensas del occidente. Pero ¿qué significa esta acción? ¿Tiene contenido propio? No. Occidente era la cristiandad medieval, y ésta la destruyó el Supay de Lutero. Que ahora quiere amparar, contra los hombres que de Oriente llegan, esta misma obra que él contribuyera a destruir. Encendió la enfermedad, y ahora quiere curarla. En lógica pura, es el mayor de los contrasentidos la obra de este Supay que no nació en Bolivia, sino que vistió capucha de fraile agustino y nació en una ciudad alemana, en la callada Eisleben.

Lutero es hijo de un minero, criado en aquella tierra que no tiene

colores, donde no se sale de los fríos invernales, del blanco de la nieve y de los calores un poco mórbidos y pasajeros de la transitoriedad de un verano de árboles verdes. Entre el verde y el blanco, no caben más matices ante sus ojos; y él ignora todo el brillo del saber antiguo, toda la gracia alada de las Musas, todo el encanto de lo que entra por los ojos, en la estética y en la vida. Obsesionado por una preocupación interna, cree que todo se resuelve en un diálogo con lo Alto, sin ver que en el fondo, ya con esto, empezaba a bordear el primero de los capitales, el pecado del orgullo.

LEYENDO A LUTERO

Y así fué cómo partiendo de estos puntos de vista, procediendo orgullosamente, rabiosamente, con una rabia orgullosa que apenas tiene parejo en la historia moderna, escribió un libro, el único suyo que voy a anotar hoy y que es la clave de la crisis nuestra. El libro, escrito en 1520, se llama «*De la libertad del hombre cristiano*». *Von der Freiheit eines Christenmenschen.*

En este libro están condensadas todas las raíces de todos los males nuevos, están unidas en un haz inmenso de unicidad como en una inmensa caja de Pandora, todas las causas de nuestra crisis contemporánea. Y todo porque en ella se niega este concepto radical de la libertad del hombre. Vais a saber cómo.

Empieza Lutero afirmando la doble naturaleza del hombre; en la segunda proposición dice que hay dos naturalezas tajantemente separadas en el hombre; la corporal o natural, como él dice, y la naturaleza espiritual; y afirma luego, que la justificación del hombre delante de Dios, no depende de las cosas externas, sino solamente de las cosas internas, o sea, de las cosas espirituales. Esta separación tajante de lo intelectual, o de lo espiritual si quereis, respecto a lo material, cuaja en una separación de lo interno frente a lo externo y en una interpretación teórica de la justificación, según la cual la fe basta para salvarse, las obras no cuentan para nada. ¿Y por qué justifica la fe? El lo va a decir de una manera tajante, con una serie de textos que él cree haber sacado del Evangelio. Lo dice, basándose a su modo, en el versículo 25, capítulo 11 de San Juan: «Yo soy la vida, y quien cree en Mí vivirá eternamente». O aquél otro de San Mateo,

IV, 4: «El hombre vive no sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

Con una interpretación de tipo literal, ha configurado la teoría de la predestinación, a tenor de la cual el hombre no se salva por lo que haga en la tierra, sino por lo que Dios tenía predeterminado. El universo, por tanto, no será ya aquel juego escolástico del Creador que establece un orden objetivo y de la criatura colocada frente a lo objetivo con acción subjetiva que en su quehacer libre tiene que decidir su destino eterno, sino que el destino eterno de la criatura dependerá exclusivamente de lo que quiso caprichosa y arbitrariamente Dios.

LA REVOLUCION ANTROPOCENTRICA

En ese terreno, puesto que no depende del quehacer humano su salvación o condenación, lo más que el hombre puede hacer es atenerse a lo que Dios quiera, conformarse libremente con la voluntad de Dios, encontrar en la fe en Dios la justificación propia y absoluta. En este texto es curioso cómo el propio Lutero nos dice que ni siquiera los mandamientos tienen un valor preceptivo, sino que el cumplimiento de los mandamientos como normas de conducta, valen, dice literalmente, en cuanto ayudan, en cuanto orientan, pero no en cuanto sean precisos para la salvación.

Es la fe, sola y exclusivamente—dice la proposición décima—, la que hace a los hombres justificables ante Dios ¿Y ésto por qué? En la Epístola de San Pablo a los de Efeso, en el capítulo 5.°, versículo 30, va a encontrar a su manera de ver, la clave de la interpretación; porque allí nos dirá que San Pablo había afirmado que Cristo vive con alma y cuerpo que en aquél que en El cree, deduce arbitrariamente Lutero que Cristo se apodera de tal alma, de modo que a quien cree en El, le dirige para que siempre obre bien; con lo que ya tenemos, dejando aparte argumento de menor importancia, sobre los cuales será interesante volver algún día, referente a la incapacidad del hombre para adquirir méritos ante Dios; ya tenemos, digo, el problema central del pensamiento protestante, la fundamental inversión antropológica que Lutero ha realizado, aquélla que está contenida en la proposición 23, fundamental y decisiva, clave de la direc-

ción europea del pensamiento moderno, sacada de esta obra de Lutero titulada: *De la libertad de un hombre cristiano.*

Dice Lutero textualmente aquí, que son verdaderas dos consecuencias; que las obras buenas y justas no hacen nunca a un hombre bueno y justo, sino que un hombre justo y bueno, el que hace a las obras ser buenas y justas; y que a la inversa, nunca las obras malas hacen a un hombre malo sino que un hombre malo, es aquél que hace a as obras malas; y repite arbitrariamente, a tenor de esto, el texto de San Mateo en el versículo 18, capítulo 7.º, cuando se dice que un árbol no lleva ningún fruto bueno y que un buen árbol no lleva ningún mal fruto.

Ya tenemos, en virtud de la predestinación y de esta supuesta confusión o amoldamiento que hace parte de Cristo del ser creyente, ya tenemos la inversión total del universo en esta dramática proposición 23 del libro: *De la libertad de un hombre cristiano;* porque aquí, la fe será el centro y no las obras, bastará para salvarse creer en Cristo, porque lo que haga el creyente, aunque esté mal hecho, estará bien hecho ya que lo hizo un creyente. El criterio de lo bueno y de lo malo no está consecuentemente en una norma por Dios establecida, sino en la condición subjetiva de creyente o no creyente de aquél que la realiza.

Y el hombre no será el ser subjetivo que tiene que amoldarse a un orden establecido por Dios y cuya regla de conducta no está en su naturaleza, sino que está en el querer de Dios, estableciendo la jerarquía de los mundos; sino que el criterio de lo bueno y de lo malo estará en esta condición caprichosamente arbitraria de Lutero, según la cual no dependen el hombre de lo que hizo, a tenor de tal marco que trazó Dios, sino lo que el hombre hizo depende de su condición apriorística de ser bueno o malo; ya no tendremos el criterio de lo bueno en Dios, lo tendremos en el hombre; ya no tendremos una jerarquía de verdades que el hombre tiene que obedecer y que cumplir hasta amoldarse, sino que tendremos unos hombres que hagan lo que hagan, serán buenos o serán malos, según sean o no creyentes, porque el criterio de verdad no está en el orden universo (objetivo frente al hombre), sino en la propia subjetividad humana

Ya vemos el error fundamental del mundo nuevo, la desaparición.

de la concepción teocéntrica del universo, la substitución del teocentrismo por una concepción antropocéntrica. Es el hombre, basado en su condición de creyente, el que definirá, porque sí, lo bueno y lo malo del mundo; no es Dios el que establecerá lo bueno y lo malo de la jerarquía de los seres. Toda la revolución moderna parte de esta proposición fundamental: de negar que el universo gire en torno a la objetividad por Dios establecida y de afirmar que el universo gira en torno a la subjetividad de un hombre.

HUMANISMO Y ROMANISMO

Es cierto que a este pensamiento se mezclaba una serie de tendencias distintas, que al quehacer en Lutero—a esta formulación teológica del antropocentrismo universal, que es la clave de todos los errores modernos, como veremos en días sucesivos al estudiar las diferentes ramas del pensamiento y la cultura—se unían otras corrientes distintas; y de ellas dos fundamentales: una de origen griego, otra de origen romano; una enamorada de la inteligencia, otra prendada de la voluntad; una que es el humanismo, otra que es el romanismo.

Era un día de mayo de 1336. Francisco Petrarca, que tenía 32 años, subió al Monte Ventoux, en las orillas de las riberas del Ródano, donde el río se espejea en el azul Mediterráneo; contempló la naturaleza azul y bella, gozó la naturaleza y la vida, y entonces dice él mismo: «Entendí la verdad de la sabiduría y cómo es verdad que en el hombre se encuentra la belleza exterior». Se había descubierto aquel día de mayo la belleza pagana; sólo faltaba una corriente de pensadores que intentara una especie de averroísmo intelectual mucho más frecuente, incluso en nuestros días de lo que la gente cree, consistente en encender una vela a las posiciones dogmáticas católicas y otra vela a la belleza demoniaca del paganismo.

Aquella ruptura que el Petrarca comenzó a operar entre el dogma y la estética, entre la objetividad y la gracia física, entre la moralidad y las formas exteriores, va a ser base de toda una corriente de enamorados de la sabiduría antigua. Andando en ella, un siglo después o poco más, Lorenzo Valla, grande humanista, maravilloso escritor en latín, aquél que se burló de los escolásticos llamándolos

asíni porque no sabían escribir la lengua latina, nos dirá en su *De voluptate* que el criterio central de la vida no es el concepto cristiano de la austeridad, sino el concepto epicúreo del placer; y siguiendo esta misma línea Gemistos Platón traerá desde la Grecia del Imperio de Oriente que moría, la sabiduría platónica a Italia, y hará que se emborrachen de la belleza de los diálogos platónicos todos los humanistas del siglo XV; y veremos entonces que en su lecho de muerte habrá un Príncipe de Florencia pidiendo que en vez de los Evangelios le lean los *Diálogos* de Platón, porque están mucho mejor escritos que los textos sagrados, porque tienen más belleza literaria.

En aquel momento, señores, sobre el lecho mortuorio de un Médicis se sacaban realidades del ensueño de Petrarca sobre el Monte Ventoux un día de mayo de 1336.

Y es la misma tesis intelectualista que después, un siglo más tarde, vendrá al campo del pensamiento filosófico y jurídico en particular con la teoría fundamental de Grocio. Grocio, enamorado de la belleza estética del mundo, créela una máquina perfecta, y cree que no será preciso acudir al dogma para entenderla; si vais a tener en cuenta la línea formal de las cosas externas, la belleza perfecta, la máquina universal, ¿para qué tener en cuenta un dogma?, ¿para qué tener en cuenta aquel Ingeniero que se preocupó de fabricarla? ¡Es posible encontrar un Derecho Natural sin que exista Dios! ¡Es posible entender lo externo sin tener en cuenta lo interno! Cuando Grocio afirma estas palabras no hace sino afirmar hasta el extremo en función del antropocentrismo característico de Lutero, aquella línea del pensamiento que empezó a trazar Franchesco Petrarca desde las cumbres del Monte Ventoux una mañana de mayo de 1336.

Otra línea era la que significa el romanismo. Comenzó el romanismo por los textos que recopiló Justiniano y que empezaron a descubrir en la Escuela de Bolonia. Pero este romanismo jurídico se contentaba con concentrar las máximas facultades de poder en un Príncipe, Era preciso que viniera un romanismo más profundo, más candente, más caldeado, un romanismo ético: y esta fué la obra de Maquiavelo.

Lo que ha hecho Maquiavelo en definitiva, ha sido reafirmar la voluntad de poder como principio fundamental del ordenamiento

social; es esta obra el principio romano de que la inteligencia no vale nada y que la voluntad lo puede todo, de que lo esencial no es construir bellas teorías, sino existir, afincarse en el poder. Por eso Maquiavelo no fué en definitiva un gran teórico de la ciencia política que saque la distinción entre monarquías y repúblicas por uno de tantos azares de la historia del pensamiento; lo que fué Maquiavelo fundamentalmente fué un teórico de la voluntad del poder político, es decir, un teórico del arte político, un teórico de la realidad política, un teórico de la actividad política.

Esta corriente que empieza con el romanismo jurídico de los glosadores y continúa con el romanismo ético de Maquiavelo, la que va a ser recogida por Bodino en su teoría de la soberanía y la que en último término va a ser canonizada por Hobbes en función de los planteamientos protestantes, va a ser la que afirme que la inteligencia no significa nada, que la voluntad lo puede todo. Instancia suprema en el pensamiento hobbesiano es la afirmación de que el centro del universo, de lo bueno, de lo selecto y lo justo no está en Dios, sino que está en el hombre.

CONTRASENTIDOS

En días sucesivos será ocasión de tratar la admisión de este pensamiento en los diferentes casos y cómo se dan en cada uno de ellos profundísimos contrasentidos de esta lógica protestante; porque, decidme, ¿no es un tremendo contrasentido en el campo de la economía el que se combatan acerbamente el capitalismo individualista de Estados Unidos y el capitalismo estatal de Rusia, que en el fondo no son más que dos consecuencias del concepto protestante de la propiedad de la riqueza? Y ¿no es un contrasentido que se combatan dictadores y demócratas que en el fondo no son más que dos facetas distintas del concepto protestante del voluntarismo como factor fundamental en el político? ¿No es un contrasentido que se combatan Heidegger y Hegel en los dos campos extremos del pensamiento, cuando en el fondo no son más que dos consecuencias de la labor luterana de haber roto aquel maravilloso equilibrio del diálogo del Creador con la criatura?

LA SALIDA DE LA CRISIS

El tiempo avanza y es preciso decir unas palabras, siquiera sean muy breves, sobre la salida de la crisis: la crisis, que al principio notamos en su verdadera y profunda fuerza pesando sobre nosotros, y que después consideramos originada en el pensamiento protestante a consecuencia de la inversión antropocéntrica del cosmos que Lutero realiza, tiene también una salida; y aquí es donde volveré a recoger las palabras de Cajal para afirmar que existe un catolicismo rotundo y tajante, a la española.

Es preciso reconstruir la idea del hombre como síntesis de un quehacer terreno que tiene proyecciones ultraterrenas, afirmar que la fe sin otras es muerta, que para salvarse tenemos que dar cuenta a Dios de nuestros actos, que nuestro futuro trascendente de más allá de la muerte depende de nuestro hacer aquí en la vida respecto a los mandamientos de la Ley de Dios; que estos mandamientos no tienen valor indicativo, como diría Lutero, sino que tiene un valor preceptivo, forzoso y rotundo para nuestros actos. Es preciso volver a establecer aquel misterioso y poético diálogo que en la Edad Media trazó en su *Summa Theologica* Santo Tomás de Aquino, entre la objetividad universal que a Dios se debe y la subjetividad del hombre que libremente al querer de Dios ha de ajustarse; y es preciso volver sobre todo a afianzar los temas con nuestra rotunda, apasionada, decisiva intransigencia española.

SEAMOS INTRANSIGENTES

Dijo Vázquez Mella que la intransigencia es signo de verdad. Y es cierto, sobre todo para nosotros. Si nosotros significamos algo en el mundo (lo sé por experiencia de un reciente viaje por tierras de América), no se debe a nuestras componendas, no se debe a nuestros mimetismos extranjeros, se debe a nuestra fe inquisitorial, rotunda, intransigente. Nosotros somos algo en el mundo, porque supimos quemar herejes y porque supimos librar batallas de Dios. No fuimos nada en el mundo porque adorásemos técnicamente conceptos materiales, sino porque sujetamos la materia a las cadenas del espíritu; fuimos algo en el mundo porque nos hundimos quijotescamente en

los abismos de la locura de la cruz, por sentirnos heroicamente el pueblo enviado de Dios.

La obra de España, o si quereis de la Castilla que encauzó a las Españas en su empresa universal, no tiene más que una raíz histórica: la del sacrificio, la de la heroicidad. Y no olvidemos que un pueblo nunca ha gritado sus conquistas materiales, sino ha gritado como lema fundamental para el futuro, sus santos y sus héroes.

Porque es cierto, señores, que en la consideración de un mundo materialista, que en la consideración de la Europa materialista, nosotros somos un pueblo de locos: pero ¡ved qué locos, señores, tuvo Castilla! Fué una loca Teresa de Jesús; pero ¡qué loca fué Teresa de Jesús! Fué loco Ignacio de Loyola; pero ¡qué loco fué también San Ignacio de Loyola! Fué loco e imprudente Francisco Javier; pero ¿cuántos fueron los que hicieron historia como Francisco Javier? Con esta locura nosotros fuimos capaces de llegar a los picos de los Andes y de abrazar a los cuatro continentes en un abrazo de fe, porque la nuestra no es locura material, sino la locura que salva, la locura de la Cruz.

Y nuestro patrimonio espiritual, señores, no consiste más que en eso, en haber sido el pueblo loco del Crucificado. Cierto es que esta verdad no entra, no se siente en la pequeñez de una ciudad castellana de horizontes limitada; se siente cuando se enfrenta uno con el horizonte de otros continentes, allá donde Castilla llevó su fe y su esperanza; sólo entonces, señores, se comprende la diametral diferencia que se da entre los pueblos europeos y los pueblos de signo castellano.

Vosotros habéis oído últimamente que hay un hemisferio oriental, que hay un occidente y demás zarandajas anodinas. ¿Qué tiene que ver eso con lo nuestro? La línea divisoria del mundo no va por mitad del Atlántico, ni va por la línea del telón de hierro; la línea divisoria del mundo es una línea que va horizontal al Ecuador y que va desde los Montes Pirineos hasta el Río Grande del Norte, porque legalmente hay pueblos que tienen los mismos conceptos europeos que nosotros, pero realmente sólo nosotros tenemos conceptos decisivos.

Yo hace tiempo andaba por tierras del Brasil, y hace poco leía libros sobre los problemas racistas americanos.

Y cuando hablaba a las gentes hermanas de América, prefería entrarles por los ojos del alma nuestro tempero apelando a ejemplos bien sencillos; y os puedo decir que cada vez que echaba mano del que voy a referiros, sus manos aplaudían repitiendo las palpitaciones auténticas de sus entrañas.

Yo les decía: Cuando entre nosotros una mujer engaña a su marido, éste la mata, tras hacerla confesar caldeconianamente según la receta de honor que es *El médico de su honra;* cuando en Europa, o en la prolongación norteamericana de Europa, una mujer engaña a su marido, se acude a un juez para que tase la infracción. Y les agregaba: pero ¿es que el honor de un hombre ha de tasarse en dólares?

Criterio de caballeros o criterio de mercaderes. Intransigencia en el dogma y en el honor, que al ser patrimonio del alma es cosa de Dios, o transigencia en la honra y en la fe. Vivir vida de ensueños o vida de negocios. Vivir para Dios o vivir para el dinero. Ser héroes o ser fabricantes. Ser santos o ser artistas de Hollywood. Vivir *sub specie aeternitatis* o pensando acumular millones.

Ese es nuestro dilema. Y delante de ese dilema, ya sé que vuestro corazón canta conmigo la intransigencia heroica de nuestra verdad castellana y el desprecio hidalgo de la villanía europea.

Seamos, señores, intransigentes para salir del atolladero europeo y protestante. Porque la intransigencia es patrimonio de la verdad. Y la verdad, lo dije antes y está dicho en el texto sacro, es aquello que únicamente nos hará libres.

Y nada más. (1).

---

(1) Esta conferencia fué pronunciada por el Dr. Elías de Tejada en el Salón de la Congregación Mariana, el 5 de Noviembre, con asistencia de los Excmos. Sres Rector y Vicerrector de la Universidad Literaria y varios catedráticos de ambas Universidades.

PROPOSITO

Después de cuatro siglos, las aguas de la actualidad vuelven a los paisajes culturales de donde brotó la angustia espiritual de nuestro tiempo.

Europa, con todo y sólo lo que Europa significa, ha de ser interpretada a la luz del hecho que transformó la Cristiandad en Comunidad Europea.

Desde las atalayas de la Castilla que significó la negación tajante de ese tránsito, llega la hora de analizar causas, efectos y remedios; únicamente así podremos conseguir una perspectiva, no vieja ni nueva, sino sencillamente clavada en la roca eternal de lo cristiano, donde cavaron sus cimientos nuestros abuelos de la Contrarreforma en las horas de la mayor encrucijada de la historia de la Humanidad.

Tal es la razón de este ciclo **«Consecuencias del Protestantismo»**, *organizado por la Congregación Mariana Universitaria y que el Dr. Elías de Tejada desarrollará en seis conferencias.*

Para orientación general del lector, insertamos en esta última página los diversos epígrafes:

I. CUADRO GENERAL DE LA CRISIS PROTESTANTE.

II. PROTESTANTISMO Y FILOSOFIA.
   a) Protestantismo y el hombre nuevo.
   b) Protestantismo e idealismo alemán.
   c) Pratestantismo y existencialismo.

III. PROTESTANTISMO Y POLITICA.
   a) Protestantismo y democracia.
   b) Protestantismo y totalitarismo.

IV. PROTESTANTISMO Y DERECHO.
   a) Protestantismo y racionalismo jurídico.
   b) Protestantismo y voluntarismo jurídico.

V. PROTESTANTISMO Y ECONOMIA.
   a) Protestantismo y capitalismo liberal (cap. yankee).
   b) Protestantismo y capitalismo de Estado (comunismo).

VI. RESUMEN SINTETICO: Los valores de la Contrarreforma Española.

(Con censura eclesiástica).

Imp. ANGEL DE LA TORRE.-Vázquez Coronado, 13.-Teléfono 2558.-Salamanca